

Recibido: 10/09/2019
Aceptado: 11/11/2019

Para enlazar con este artículo / To link to this article:

<http://dx.doi.org/10.14198/fem.2019.34.12>

Para citar este artículo / To cite this article:

Diz, Tania. «Lo viejo y lo nuevo que trae el feminismo en *La mujer* (Sur, 1970-1)». En *Feminismo/s*, 34 (diciembre 2019): 265-287. DOI: 10.14198/fem.2019.34.12

LO VIEJO Y LO NUEVO QUE TRAE EL FEMINISMO EN LA MUJER (SUR, 1970-1)

THE OLD AND THE NEW FEMINISM BRINGS IN *LA MUJER* (SUR, 1970-1)

Tania DIZ

Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires,
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Buenos Aires

taniadiz@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-5526-9566>

Resumen

El presente artículo se inscribe en una línea de investigación que indaga acerca de los sentidos y lecturas del feminismo en el campo cultural argentino en los 60 y 70. En este caso, se profundiza en un volumen de la revista *Sur*, creado por Victoria Ocampo y dedicado exclusivamente a la cuestión de «la mujer». El objetivo general del artículo es demostrar el progresismo de Ocampo al intervenir con reivindicaciones feministas que apenas se avizoraban en el país. Entonces, se analizará en primer lugar la reconstrucción que Ocampo y otras militantes hacen de la historia del feminismo argentino. En segundo lugar, se analizarán las diferentes perspectivas feministas que se entretajan en el volumen. En tercer lugar, se analizarán las respuestas a una entrevista realizada a mujeres de la cultura, haciendo hincapié en las mixturas entre voces que provienen de una tradición militante con otras voces que acaban de tomar conciencia del feminismo o lo rechazan, adhiriéndose al pensamiento masculino universal.

Palabras clave: feminismo; 1970; literatura argentina; Victoria Ocampo; *Sur*.

Los contenidos de la revista se publican bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Feminismo/s 34, diciembre 2019, pp. 265-287

Abstract

This article is part of a line of research that investigates the senses and readings of feminism in the field of Argentine culture in the 60s and 70s. It analyzes the senses of feminism that emerge from the volume dedicated to women published by Victoria Ocampo in *Sur*. The general objective of this is to demonstrate Ocampo's progressivism by intervening with feminist demands that were barely seen in the country. Then, the reconstruction that Ocampo and other militants make of the history of Argentine feminism will be analyzed first. Second, the different feminist perspectives that interweave in the volume will be analyzed. Thirdly, the answers to an interview with women of the world of culture will be analyzed, emphasizing the mixtures between voices that come from a militant tradition together with other voices that have recently become aware or reject it, adhering to universal male thinking.

Keywords: Feminism; 1970; Argentine literature; Victoria Ocampo; *Sur*.

1. VICTORIA OCAMPO Y LA MUJER

A inicios de siglo XX, cuando en las revistas las escritoras pasan a ser parte de *lo nuevo* que abunda en una ciudad en plena etapa de modernización, como era Buenos Aires, las operaciones sexistas en el campo cultural eran comunes, aunque no siempre percibidas como tales. Sin embargo, varias escritoras lo sintieron y pudieron ponerle palabras: Victoria Ocampo fue una de ellas. Pasaron cuarenta años y Ocampo retoma tras el enunciado menos político de «la mujer», el problema del feminismo, en un volumen triple de la emblemática revista *Sur*. Es el año 1971. Son años difíciles, convulsionados, en la vida política argentina: el gobierno está en manos de los militares (Juan Carlos Onganía en el período 1966-70 y Roberto Levingston entre los años 1970-1), el peronismo está proscrito y el Estado lleva adelante políticas represivas sobre la población que se irán perfeccionando hasta la última dictadura del período, en 1976. Se puede recordar, por ejemplo, la represión de la policía federal sobre los universitarios en lo que se llamó «La noche de los bastones largos», en 1966, que fue la primera pero no la última vez en que la policía atacó a profesores y estudiantes universitarios dentro de las universidades. O bien, se puede mencionar, entre los años 1969 y 1972, las enormes manifestaciones de obreros y estudiantes, denominadas como «El Cordobazo» o «El Rosariazo». Son años de emergencia de numerosas organizaciones políticas

de izquierda. Los intelectuales llevaban algunos años de debate acerca del rol del escritor ante los procesos revolucionarios. Para la izquierda intelectual, Ocampo era una representante de la oligarquía, conservadora, que defendía los intereses de su clase. Esto último tiene una larga historia que se remonta al primer peronismo, en este sentido, es necesario recordar el análisis que Vázquez (111) hace de los argumentos de Ocampo a partir de su experiencia en la cárcel durante el peronismo, los debates que mantiene con Juan José Hernández Arregui y otras intervenciones en las que se defiende ante el nacionalismo cultural de esos años. Dice Vázquez:

En el marco de un fenómeno doble, característico de la época, según el cual los nacionalistas se izquierdizan y los izquierdistas se nacionalizan, recrudecen las críticas en su contra, al mismo tiempo que el proyecto revisionista *sub specie cultural* (que revisé con Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui) se afianza y adquiere centralidad en la escena cultural. (131-2)

Interesa tener en cuenta este aspecto porque, sin duda, ha incidido en los reparos que el campo cultural en general y la izquierda en particular ha tenido respecto del feminismo, ya que Ocampo era referencia obligada. No era la única, pero las otras que se divulgan en los medios masivos y en las revistas culturales, tenían las mismas marcas de clase, Silvina Bullrich o Marta Lynch, y posiblemente más rechazo en términos estéticos, dado que son escritoras *best-sellers*. De todos modos, en esos años, surgen algunas agrupaciones feministas como la Unión Feminista Argentina (UFA) que se funda en 1970. Grammático (24) se refiere a las distintas experiencias de inserción o de rechazo del feminismo hacia la izquierda y viceversa, concluyendo que la doble militancia de algunas mujeres traía tensiones, conflictos y nuevas preguntas que irradiaban tanto hacia la izquierda como hacia el feminismo. Trebisacce (109) analiza documentos de feministas y de partidos y organizaciones políticas de izquierda, para mostrar un caso como el del Frente de Izquierda Popular (FIP), en el que incorporan demandas del feminismo en su ideario. Ahora bien, Trebisacce cita un testimonio en el que el FIP quiere separarse del «feminismo genérico» que defiende a las mujeres de las clases más pudientes, y, justamente, se nombra a Ocampo como el referente de ese modo de feminismo elitista.

Efectivamente, *Sur*, bajo la dirección de Ocampo, era vista con desconfianza por la mayoría de los sectores de la izquierda intelectual. Pero a pesar

de ello, como demuestra Podlubne (52), había escritoras que encontraban en ella un lugar de intervención e incluso de disenso. A partir de este testimonio, más otros datos, Podlubne propone que *Sur* en los 60 pasa a ser un espacio receptivo al disenso y a la disidencia sexual. Esta apertura, como afirma Arnés (160), no fue azarosa ni circunstancial, sino que formó parte de un gesto programático de sostener una serie disidente y feminista, por parte de Ocampo, que se remonta a los años 30 y halla en *La mujer* su etapa conclusiva.

Además, este volumen se publica unos años antes de que surjan dos revistas emblemáticas de sendos movimientos sociales: el feminismo –*Persona*– y el FLH (Frente de liberación homosexual) –*Somos*–. A pesar de las diferencias políticas e ideológicas que había entre las tres, existían redes y vínculos que atravesaban a quienes colaboraron en ellas. Por ejemplo, María Rosa Oliver y María Luisa Bemberg participaron en *La mujer* y en *Persona*. Las colaboradoras de esta última compartían lugares de encuentro con quienes conformaron *Somos*, tenían lecturas comunes y al día del feminismo norteamericano, como *Política sexual* de Kate Millet, editado en inglés en 1970.

Ocampo, en *La mujer*, mezcla y fusiona las ideas de los feminismos de inicios del siglo XX, sufragistas mediante, con las últimas noticias del feminismo europeo y norteamericano. Expone el disenso dentro del feminismo del momento, entre posiciones radicales y liberales. No pierde la intención, como dice Gramuglio (198), que tenía la revista desde sus inicios de ser una empresa democratizadora, lo que se expresaba en la traducción y divulgación de autores extranjeros, ya que da cuenta tanto de los aportes de clásicos del feminismo como de aquellos muy nuevos que se leen en versiones originales o traducciones caseras. Es decir, Ocampo fue la precursora de aquellas feministas de los 70 –María Luisa Bemberg, Gabriela Christeller, Isabel Largaña– que aprovechaban sus medios económicos para traer y difundir lo que se publicaba en el extranjero sobre feminismo y a las que Bellucci (133) llama viajeras militantes¹.

El índice del volumen es una radiografía de su creadora autodidacta e iconoclasta, no respeta ningún parámetro lógico y contiene la ambición

1. Sobre la lectura, recepción y circulación de las teorías feministas en los 70, consultar Rodríguez Agüero y Ciriza (17).

desmedida de querer abarcarlo todo. Del índice, se distinguen cuatro apartados: uno primero, introductorio, que reúne dos textos: una carta dirigida a Ocampo, firmada por la primera ministra de la India, y su propia presentación, bajo el título «La trastienda de la historia». Luego sucede la parte más extensa y heterodoxa, que es la de los artículos: mujeres que están o estuvieron en cargos importantes –«Indira Gandhi: tareas de la mujer en la India», «Victoria Kent: una experiencia penitenciaria»–; artículos de más de cuarenta años de antigüedad, que toman a la mujer como objeto –«La mujer en las sociedades primitivas», «La mujer y la filosofía», «La mujer en la sociedad contemporánea», «La mujer en el proceso histórico de la pintura»–; artículos escritos al pie de las manifestaciones feministas –«El nuevo feminismo de los EEUU», «El camino que falta recorrer», «Reunión de mujeres en Jerusalén», «La emancipación de la mujer»; una aguafuerte de Roberto Arlt, «Noviazgo moro en Marruecos», de 1936, que funciona como un relato de denuncia del sometimiento en que vivía la mujer musulmana, un ensayo de Ernesto Sábato sobre la diferencia entre los sexos que glosa lo que él ya había dicho en los 50. La tercera parte es en la que Ocampo hace dos trabajos de investigadora social *sui generis*, con el fin de tener una idea acerca del pensamiento de las mujeres sobre el feminismo. Así, realiza una encuesta y una entrevista. Para la encuesta, toma el modelo de otra similar que había realizado María Laffitte², lo presenta, analiza las respuestas y transcribe algunas que considera representativas. Son 53 preguntas a 74 mujeres, como aclara Ocampo, jóvenes, argentinas, en su mayoría de capital federal o provincia de Buenos Aires. Para la entrevista, arma un modelo de 8 preguntas y se las envía a mujeres profesionales: escritoras, actrices, científicas, artistas, trabajadoras sociales y periodistas, según sus propias palabras. De allí obtiene 47 respuestas en la que circulan nombres reconocidos junto con otros ignotos. Para terminar el volumen, agrega tres documentos: «Declaración de las Naciones Unidas», «Declaración de Jerusalén», «Declaración de las mujeres francesas»³

2. María Laffitte Campo Alange fue una condesa sevillana, feminista, que escribió varios ensayos sobre la mujer y el arte, sobre la situación social de las mujeres, contemporáneamente a *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Vinculada a escritores y filósofos cercanos a Ortega y Gasset, había conocido a Ocampo en los años 40.

3. Todos los textos citados corresponden al índice que está en la tapa de la revista, por eso se escribe «0» como número de página.

(*La mujer. Sur* 0). Ocampo mezcla géneros, épocas, geografías y puntos de vista que tienen en común a la mujer como tópico, como problemática socio política o tema de indagación. No oculta, más bien exhibe, los vínculos que tiene con quienes colaboran en este volumen que pretende abarcar *todo* lo que atañía a la situación de las mujeres y del feminismo.

2. FEMINISMOS AL PIE DE LOS ACONTECIMIENTOS

A continuación, se propone una serie que permita rastrear los debates del feminismo, distinguiendo entre las voces extranjeras y las locales. Entre las primeras, interesa analizar a tres feministas: Mildred Adams, que fue una crítica literaria y periodista norteamericana vinculada al feminismo de esos años, traductora de Ortega y Gasset; Nancy Caro Hollander, que fue una psicoanalista feminista norteamericana, de izquierda. Y, en tercer lugar, Françoise Parturier, una escritora y activista feminista francesa, autora de varios *best seller* entre los que se encuentra *Carta abierta a los hombres*, traducido al español por Silvina Bullrich y publicado por Emecé en 1968. Es decir, que son tres nombres de mujeres dedicadas tanto a la escritura –sea académica o ficcional– como a la militancia feminista. Entre las voces argentinas, aparte de la misma Ocampo, interesa destacar la de una mujer ligada a la política y al feminismo como fue Alicia Moreau. Y otras dos, escritoras, como eran María Rosa Oliver y Alicia Jurado. Las tres están muy cerca de Ocampo. Moreau y Oliver, más allá de la amistad, han compartido espacios de la militancia feminista de los años 30. Distinto es el caso de Jurado, con quien comparte el grupo *Sur*, más cercana a Jorge Luis Borges que a Ocampo, probablemente.

¿Qué se entiende por feminismo y de qué lecturas feministas se nutren estas escritoras? En términos generales, predomina la idea de que el feminismo era un movimiento social y político que luchaba por la igualdad de derechos entre los sexos y/o por la emancipación de la mujer. Esta frase engloba el aspecto más aceptado, si no se profundiza demasiado en sus consecuencias y/o en el tipo de derechos a los que se refiere. En el caso norteamericano, Adams describe las características del *Women's lib* como un movimiento feminista amplio que tiene a las sufragistas como sus antecesoras y que, a su vez, tiene diferentes grupos, como el NOW, más ligado a la obtención de derechos, o como otros más radicales ligados a la izquierda política y/o a los

derechos sexuales, como las lesbianas, que se agrupan con Kate Millet a la cabeza. Adams explicita el quiebre ideológico entre el feminismo liberal y el radical (59). Hollander se propone como punto de partida romper el mito del progresismo de EEUU y lo fundamenta mediante un análisis que hoy puede ser leído como interseccional, ya que al tomar a las mujeres como problema, lo hace más complejo al añadir otras dos variables de análisis: la clase y la raza. Así, distingue dentro de la clase trabajadora entre las mujeres blancas, las negras y las mexicanas, ya que estas últimas sufren más aún la explotación económica. Compara el racismo con el sexismo y se detiene en analizar y criticar tanto los mandatos de la cultura norteamericana hacia los roles de esposa y madre como las condiciones en las que viven las mujeres en EEUU, haciendo hincapié en los modos en que funciona la opresión de género articulada con cuestiones de clase y de raza. Por último, destaca la relevancia del movimiento de liberación de las mujeres y culmina con una apuesta revolucionaria: «Muchas mujeres están alcanzando la convicción de que los pueblos podrán alcanzar su liberación y autodeterminación solo mediante un cambio radical en el sistema existente» (70). Así, la voz extranjera de Hollander alude a lo que está pasando en Argentina: la psicoanalista vivía, en esos años, en Buenos Aires y se había dedicado a entrevistar a mujeres que militaban en organizaciones políticas de izquierda, interesada justamente en el rol de las mujeres en la militancia política de izquierda y feminista.

Odile Baron Supervielle publica una entrevista a la feminista francesa Françoise Parturier. Ella básicamente está a favor de la igualdad entre los sexos, pero con el reconocimiento de sus diferencias. En comparación con el artículo de Hollander, esta entrevista es más conciliadora en el sentido en que Parturier es crítica con los roles heterodesignados y destaca la importancia de la realización profesional de la mujer, pero su visión es liberal, cerca del feminismo de la igualdad (167).

Estas tres voces extranjeras y contemporáneas ejemplifican la vigencia al mismo tiempo de feminismos diferentes: Adams ensaya una posición más neutral aunque tiene sus dudas frente al feminismo radical; Hollander sostiene una postura más transgresora, ya que cuestiona tanto la sociedad como los núcleos de sentido que han producido conocimiento sobre las mujeres. En cambio, Parturier se atiene a la emancipación y a la igualdad de derechos,

dejando algunas huellas de la distancia que las feministas francesas toman frente al feminismo norteamericano.

Entre las argentinas, la primera es Ocampo, que escribe «La trastienda de la historia», una introducción al volumen que le es útil para, en pocas páginas, contar los obstáculos que encontró para armarlo, reponer la historia del feminismo argentino, que mezcla con anotaciones autobiográficas, y demostrar que está leyendo las nuevas teorías feministas. La trama biográfica le permite sentar las bases de una genealogía femenina con la que se identifica y desde la que arma su propia tradición. De sus antepasados, no elige la saga masculina que cuenta con varios próceres y terratenientes (y que ella desarrolla en el primer tomo de su autobiografía), tampoco la línea de las esposas criollas que acompañaron o incluso actuaron en el curso de la historia argentina (cuestión que retoma en *Habla el algarrobo*), sino la de las mujeres indígenas, generalmente olvidadas en las historias de las familias patricias. Entre ellas, escoge una, Águeda, una mujer de origen guaraní de la que descende su familia. En el relato, Águeda viene a acentuar, según ella, su «autenticidad» cuando vuelve a contar cómo posó de sudamericana exótica ante Virginia Woolf, en un notable esfuerzo por su parte para conocerla, en los años 30. Woolf es la otra figura que arma esta tradición femenina desde la que Ocampo se piensa a sí misma.

Virginia Woolf y su obra atraviesan todo el volumen: es una larga cita de autoridad al inicio; es la escritora inglesa con la que se siente identificada, es sobre quien escribe y de quien se nutre para pensar acerca de la mujer y la escritura; incluso hace que escriban casi juntas al decir sobre un tema: «escribe Virginia (y sigo yo)»(11). Ocampo repone la historia del sufragismo y se refiere a diferentes conquistas ligadas a la igualdad en el extranjero, menciona a mujeres que ocupan lugares de poder –varias, como la primera ministra de Israel, escriben en el volumen–, describe la agenda sobre las mujeres que se discutió en el seminario de Bucarest, en Naciones Unidas, porque son cuestiones que, dice ella, «estaban en la mía desde que tuve uso de razón» (12). Así se refiere a demandas tales como el divorcio, la patria potestad compartida, la igualdad entre madres casadas y solteras, el aborto. A la precisión de datos y detalles sobre el feminismo en EEUU, en Israel, en Inglaterra, se contraponen la nula mención a Latinoamérica y la breve referencia a Argentina. Vázquez (202) observa que Ocampo a lo largo de los años

va vaciando de significación política su activismo feminista de los años 30 en la Unión Argentina de Mujeres. Es más, Cosse (139) coteja artículos que Ocampo publica en *La Nación* con testimonios de Ocampo y de otras personas cercanas a ella, para demostrar que su actuación en la UAM había sido destacable e incluso tuvo una repercusión importante en esos años (Ocampo era la presidenta, da una conferencia en base al texto que luego publica como «La mujer y su expresión», incluso se entrevistó con algunos políticos que conocía, en pos de la reforma del código civil). La UAM llegó a tener delegaciones en otras ciudades del país, más allá de los vínculos que establecieron con otras agrupaciones feministas, especialmente con las socialistas. Como es sabido, la UAM se opuso a la obtención del voto femenino por parte del peronismo. Y Ocampo en dos ocasiones se refiere a ello: primero cita una frase de *La razón de mi vida* de Eva Perón para justificar la descalificación de Eva hacia las feministas. En la segunda, asume, casi por primera vez, la primera persona del plural: «Nuestra reacción, frente al voto, en 1947, no respondía a antagonismos políticos, sino a las razones por las que fue otorgado: se lo consagraba de antemano a un partido y no a la defensa de nuestra causa, la de todas las mujeres en bloque» (Ocampo 17). Vázquez (184) explica las derivas de las ideas feministas de Ocampo y postula que en la oración fúnebre que le dedica a Maetzu, Ocampo propone un feminismo emancipatorio, elitista en cierta medida, que discute y se distancia de las ideas más populistas del peronismo de los 40.

Varias de sus compañeras de lucha de aquellos años comparten estas ideas suyas sobre Eva Perón y el peronismo. Por ejemplo, Oliver, Moreau e incluso un nombre caído en el olvido como es el de Marta Elena Samatán. Ella fue quien se ocupó de fundar una delegación santafecina de la UAM y escribe en el volumen sobre la importancia de la educación de la mujer. Moreau, en su participación, elabora un argumento sólido y complejo en el que justifica el porqué y el cómo de la emancipación de la mujer. Parte del supuesto de que esta es una revolución que tiende a modificar la vida social en su conjunto y divide el ensayo en cuatro subapartados: «La revolución en el trabajo», «Revolución política», «La revolución cultural», «Revolución sexual» (Moreau 71-82). Como se sabe, Moreau ha tenido una participación activa muy importante en la vida política del país durante gran parte del siglo XX, tanto dentro del socialismo como del feminismo. En los 70, sigue

vinculada al socialismo y pocos años después va a encabezar la defensa de los derechos humanos en el país. En este contexto, arma un ensayo que es muy preciso respecto de las demandas feministas. Por ejemplo, respecto del trabajo, plantea la cuestión de la discriminación y desigualdad sexual, además de lo doméstico como un trabajo no reconocido. Respecto de la política, está preocupada por la participación de las mujeres en los partidos políticos, a tono con las discusiones sobre el cupo femenino. Además, pone en tensión los valores de las clases sociales y del feminismo, y defiende la libertad de la mujer ante la concepción y la responsabilidad compartida entre hombres y mujeres respecto de la vida sexual. «La salida» (117-27) de Oliver sigue prácticamente los mismos temas que el artículo de Moreau: comienza con ejemplos de misoginia, continúa con el rol de las mujeres en la familia patriarcal, en el trabajo, su participación política y el control de natalidad. Agrega al anterior algunos ejemplos progresistas de países comunistas y sostiene, al igual que Moreau, la idea de que es una lucha en la que tanto los hombres como las mujeres deben estar comprometidos.

Ocampo, Moreau y Oliver son figuras que reenvían a la tradición, aún no escrita en esos años, del feminismo argentino⁴ y esto se nota en la complejidad y el modo en que orientan la discusión hacia demandas feministas específicas y no tanto hacia cuestiones que ellas consideran saldadas pero que surgen en otras voces que recién arriban al feminismo. Las tres están convencidas de que la lucha se debe dar en el terreno político, sin desconocer que es por medio de la educación y de la divulgación científica como se terminará con la opresión patriarcal.

Las lecturas que resuenan en ellas son las de *Un cuarto propio* y *Tres guineas* de Virginia Woolf, especialmente en Ocampo. Además, han leído y retoman *La mística de la feminidad* de Betty Friedan, sobre todo su idea central, que es la de hacer visible ese malestar sin nombre que predominaba en mujeres blancas de clase media, casadas, en EEUU. Pero no se les escapa ni

4. En este sentido, podría hacerse un paralelismo entre «La trastienda de la historia» y «El movimiento hacia la emancipación de la mujer en la República Argentina» de Alfonsina Storni (305), ya que ambas escritoras realizan por primera vez el esfuerzo de organizar los hechos, razones y protagonistas del feminismo argentino. Storni repone el período desde finales del siglo XIX hasta el incipiente sufragismo de 1920 y Ocampo reconstruye las derivas del sufragismo en los 30 y 40.

a Moreau ni a Oliver que lo de Friedan responde a «un reducido grupo de las mujeres cultas, absorbidas por la maternidad y el hogar» (Moreau 79); es decir, no era lo que le pasaba a la mayoría de las mujeres, que luchaban diariamente «por la conquista del pan diario y la mediocre conservación de sus vidas» (79).

Jurado (128-133) se detiene más en la experiencia que la lleva a percibir que hay algo molesto, incómodo hasta ser violento, que es el sexismo. Señala que la diferencia esencial se da entre las mujeres urbanas y las campesinas. Así, rearma la dicotomía campo/ciudad, en donde el campo es el lugar en el que toda mujer que llegue a él, es sometida a la esclavitud, mientras que en la ciudad la mujer tiene más posibilidades de luchar contra la opresión. De todas maneras, Jurado toma como propia la desconfianza de De Beauvoir ante la independencia de la mujer moderna, retoma las ideas de Viola Klein sobre los roles sexuales en *El carácter femenino* y no duda en dejar sentada una visión bastante escéptica respecto de la posibilidad de un cambio social.

Oliver tiene una visión menos atávica y más marxista de esta situación, al decir que las demandas del feminismo pertenecen a mujeres que ya tienen resueltas las necesidades básicas y por eso pueden plantearse cuestiones como el control de natalidad o la realización profesional. Entonces, dice Oliver, la mayoría de las mujeres no pueden plantearse estos problemas ya que tienen otros urgentes a pesar de que «la campesina y la proletaria por el hecho de ser mujer sufre peores penurias que el hombre en su condición social» (118). De todos modos, aclara Oliver, esto no significa que las mujeres pobres no deban unirse al feminismo, sino que el feminismo debe promover un cambio en las estructuras sociales, económicas y políticas que apunte a terminar con la diferencia de clases. Esto último es, además, una prueba más de la apertura al disenso de Ocampo, que no estaba en absoluto de acuerdo con la lucha de clases por la que abogaba Oliver.

Para terminar, no puede dejar de notarse que Ocampo, con más de 80 años, está al día no sólo de los movimientos de mujeres y feministas en Estados Unidos, Francia e Italia, sino que además está leyendo lo que se está produciendo en los países centrales. Es más, deja su propia evaluación sobre las nuevas teorías. Dice Ocampo que «se está escribiendo mucho sobre «la mujer y la revolución»: algunos libros son vulgares y chatos; otros de interés y otros virulentos» (14). Y cita *Sisterhood is powerful*, antología que reunió

las voces centrales del feminismo radical de los 70. Incluso alude al movimiento feminista italiano (Bellucci 88) cuando nombra a grupos como *La Lotta Femminista* o los manifiestos de Carla Lonzi, que se editarían en 1972 con el nombre *Escupamos sobre Hegel*.

3. LA INTERPELACIÓN A LAS ESCRITORAS

«Preguntas a escritoras, actrices, mujeres de ciencia, de las artes, del trabajo social y del periodismo» (193-253) se titula la serie de respuestas escritas por las mujeres convocadas por Ocampo. Las que firman como escritoras son algo más de veinte, la mayoría muy cercana a *Sur* y a Ocampo, particularmente. Algunas ya consagradas como María Rosa Oliver, Beatriz Guido o Alejandra Pizarnik, otras más bien menores o incluso ocasionales: Margarita Aguirre, Mirta Arlt, Susana Calandrelli, Celia de Diego, Renata Donghi– Halperín, Inés Field, Julieta Gómez Paz, Adela Grondona, Haydée Jofre Barroso, Luisa Mercedes Levinson, Manuela Mur, Victoria Pueyrredon, Noemí Vergara de Bietti, María de Villarino. Un conjunto importante lo constituyen aquellas que producen para el mercado a nivel masivo o para otros ámbitos de circulación, fuera de los circuitos literarios tradicionales: María Angélica Bosco, María Esther de Miguel, Marta Lynch, Martha Mercader, María Hortensia Lacau, Leda Valladares, María Esther Vázquez. Ocampo no tenía ninguna intención de exhaustividad pero, de todos modos, arma una lista interesante de escritoras a las que raramente se hacía referencia en los ámbitos literarios.

Para completar el panorama de las escritoras, se podría agregar a Silvina Ocampo, Elvira Orphée, Syria Poletti y Sara Gallardo. Además de otras más jóvenes en esos años –como Liliana Heker, Griselda Gambaro, Tununa Mercado, Fina Waschaver, Angélica Gorodischer–, que se manejan en circuitos literarios más comprometidos con la situación política, vinculados a la izquierda y/o preocupados por la actualidad de la discusión estético-filosófica. Varias de estas escritoras circulan en los ámbitos de revistas tales como *El escarabajo de oro* (1961-74), *Los libros* (1969-1976), *Macedonio* (1968-1972), *Nuevos aires* (1970-3). A excepción de Guido y Pizarnik, el resto de las escritoras que responden a la entrevista de Ocampo carecen de participación en las revistas recién enumeradas por diversos motivos ligados tanto a cuestiones estéticas –todas esas revistas rechazan y/o son muy críticas del

bestsellerismo— como a cuestiones de clase, muchas veces mezcladas con cierto sexismo subyacente en las publicaciones citadas.

Con el cuestionario, Ocampo lleva adelante una operación astuta en dos sentidos: en primer lugar, instala una cantidad de temas polémicos que no estaban en la agenda política nacional ni en la sociedad en un sentido más general —la discriminación sexual, el cambio social, la educación sexual, el control de natalidad, el aborto, el divorcio, hitos de la historia del feminismo—. En segundo lugar, a tono con las nuevas consignas del feminismo de los 70 —«lo personal es político»—, induce a que las entrevistadas reflexionen sobre sus propias experiencias. Es decir, Ocampo interpela a una comunidad que poco o nada ha reflexionado sobre el feminismo en general y menos aún lo ha vinculado con su experiencia. Así, la autora vuelve al feminismo, dando cuenta de un progresismo inusitado que pasó desapercibido en esos años.

Las preguntas solicitan respuestas positivas o negativas ante temas, al menos, novedosos. Entonces, si quien responde quiere ser leída como una persona moderna, actual o progresista, debería responder afirmativamente, ya que, de lo contrario, defendería posiciones explícitamente conservadoras. En efecto, son muy pocas las respuestas que mantienen esta posición, es decir, que niegan la existencia de cualquier situación discriminatoria hacia las mujeres y consideran nefasto cualquier cambio social o legal al respecto. En este grupo aparecen dos firmas reconocidas, una en el arte —Norah Borges— y la otra en la literatura —Guido—.

En verdad, lo que predomina es la respuesta positiva en términos generales, acompañada por un conector adversativo que matiza el progresismo y deja ver el conservadurismo que subyace. Por ejemplo, a la pregunta acerca de si la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre, se responde afirmativamente, con la condición de que se proteja la diferencia sexual y que no se perjudique a los varones. En cuanto a la pregunta sobre si se cree que la sociedad debería reformarse, la respuesta mayoritaria es que sí, pero por cuestiones abstractas (la injusticia, el bien común, la humanidad) que a la larga beneficiarían a la mujer. Surge con nitidez el temor al cambio, sumado a la ausencia de cualquier referencia al contexto político argentino.

En cuanto a la consulta respecto de la pertinencia o no de la educación sexual, el divorcio y el aborto, las opiniones varían entre posiciones conservadoras y otras más abiertas al debate, aunque con cautela. Casi no hay

posiciones radicales que planteen romper con la idea de familia, de pareja heterosexual, y menos aún a poner en crisis la noción de identidad sexual. Ante la pregunta sobre el conocimiento acerca de la lucha de las mujeres, algunas reconocen su ignorancia y la mayoría hace una vaga referencia al sufragismo europeo. Sólo en un caso se nombra a las feministas de inicios de siglo XX en Argentina, con lo cual resulta claro que las voces disidentes de Alfonsina Storni, Salvadora Medina Onrubia o incluso la misma Ocampo, quedaron en el olvido. Es más, casi no hay alusión a alguna tradición literaria feminista, o de mujeres al menos, que haya servido de guía o ejemplo. A excepción de Adela Grondona, quien confiesa que no tuvo impedimentos gracias a «otras pioneras que he han abierto el camino» (221), o María Esther de Miguel, quien comenta que en el pasado hubo sexismo y narra los casos de Eduarda Mansilla y Emma de la Barra. Es decir, predomina el desconocimiento sobre las cuestiones que viene a traer el feminismo. Bajo esta premisa, es relevante seguir las respuestas a una pregunta que vincula a quien responde con su experiencia profesional: «Por el hecho de ser mujer, ¿ha encontrado impedimentos en su carrera? ¿Ha tenido que luchar? ¿Contra qué y contra quién?» (193)

Ante la respuesta negativa, la fundamentación más común es: «Nunca he encontrado impedimentos en mi carrera por el hecho de ser mujer. Solo he debido luchar, como luchan hombres y mujeres, por superarme a mí misma» (193), y tiene fundamentaciones como las de Luisa Mercedes Levinson, quien contesta que no porque el oficio de escribir es libre, pero reconoce que en otros ámbitos se les impide a las mujeres ocupar lugares jerárquicos (232). También es bastante común la afirmación de que si hubiera trabas, la culpa podría ser de la mujer, que no logra imponerse; o bien se dice que se tuvo más dificultades con las envidias de las otras mujeres que con el paternalismo de algunos hombres, a pesar de que no se adivina que subyace el falogocentrismo en esa marcación. Incluso predomina el reduccionismo biológico de la guerra de los sexos, por el que no se ve la matriz ideológica de fondo. Guido, quien unos años antes tomaba con humor la cuestión del feminismo, ahora responde que nunca tuvo ningún obstáculo: «Al contrario. Mi oficio fue un mundo de puertas abiertas, familiar, editorial y amistoso» (222). Es notable el modo en que la autora acentúa en esta frase no sólo la ausencia de sexismo sino de cualquier otro tipo de rivalidades, competencias o exclusiones propias del campo

cultural. La respuesta es similar a la que da, en otra revista, Liliana Heker y obedece a que una de las estrategias a la que acudían algunas escritoras era a la defensa de la masculinidad hegemónica bajo la idea de neutralidad –el sexo no tiene escritura–, por temor a quedar atrapada en lo femenino, que significaba lo particular, o lo que era aún peor, formar parte del conjunto «literatura femenina» (Diz 160).

Entre las respuestas se distingue la serie feminista, en la que es evidente la intención de ellas de echar luz sobre mecanismos de opresión y/o de discriminación que no se veían en ese momento. Mirta Arlt dice «Creo que las leyes que rigen el control de natalidad deben estar simplemente en manos de quienes manifiestan probada capacidad para no considerar a la mujer como la incubadora primera y más funcional de la humanidad» (196). Critica particularmente las ideas de Otto Weininger, que tuvieron bastante asidero en el ambiente cultural porteño de los años 60⁵. Y respecto de los obstáculos, dice que ha tenido que luchar, entre otras cosas, «contra los representantes de los valores establecidos (a quienes no siempre he podido responder con el portazo y la mala palabra). No se puede saber bien contra qué he luchado porque de pronto, en un simple ademán, está implícita la lucha contra el código civil y la constitución» (196). Así, Arlt articula la dimensión personal con la política respecto de las trabas. Haydée Jofre Barroso también tiene consciencia de la dimensión ideológica que pueden tener ciertos obstáculos. Así, se detiene en una experiencia en la que se encontró explícitamente con un límite por ser mujer: cuando trabajaba en el diario *El mundo*, la ascendieron a directora del suplemento literario, a la semana la citó el director y le dijo que le habían pedido que dejara sin efecto el nombramiento; ella le respondió indignada y el director la interrumpió para decirle que él no pensaba hacerlo pero que ella debía tener en cuenta que no iba a ser fácil su camino. Luego, dice Jofre Barroso que efectivamente tuvo muchos reparos de colegas masculinos hasta

5. Lo retoma Ernesto Sábato en *Heterodoxia*, y en este mismo volumen, cuando hace el esfuerzo de argumentar las razones filosóficas y biológicas de la inferioridad de la mujer. Además, lo usa como argumento Liliana Heker (Diz 158). Dice Sábato, en *Heterodoxia*, parafraseando a Otto Weininger: «PERO ¿TIENE ALMA LA MUJER? Para el joven Weininger es clarísimo: Para él, como para Aristóteles, el principio masculino es el activo y formador, el *logos*, mientras que el principio femenino constituye la *materia pasiva*; el alma es *forma*, *entelequia*, y, por lo tanto, está ausente en la mujer» (8).

que la aceptaron y cierra comentando que fue la única vez que tuvo un cargo jerárquico en la prensa. Este es la única anécdota tan precisa de sexismo en el ámbito cultural (225).

Las voces más conscientes de la dimensión política se mezclan con otras en las que resulta más clara la experiencia de un feminismo que recién se está asimilando, como una sensación de malestar, aún sin palabras, pero que aparece a través de los hechos. Como dice Sara Ahmed (42), el feminismo es sensacional porque genera emoción e interés; es decir, no solo trae la indignación ante la injusticia, sino que, además, provoca emociones difíciles de expresar ya que, dice Ahmed, habla de una fragilidad, una vulnerabilidad propia. Ocampo, al interrogar acerca de las vivencias personales en la profesión, obliga a las entrevistadas a reconocer sus propias fragilidades, lo que a veces incomoda y en otros casos lleva a reflexionar acerca de la salida del hogar y el permanecer en el campo literario– cultural. Varias ubican los obstáculos en el momento en que debían salir del ámbito familiar y en lugar de elegir actividades cercanas a la domesticidad, elegían una profesión, lo que suponía una realización personal independiente de los vínculos familiares. Sin ir más lejos, Bemberg afirma: «Fui educada para ser exclusivamente esposa y madre» (198), razón por la que le resultó muy difícil –y tardío– defender su vocación cinematográfica.

Marta Lynch no duda en colocarse en el lugar de víctima y decir las competencias y envidias que la rodean: «He luchado contra los hombres siempre y a menudo contra las mujeres que por incapacidad, timidez, gazmoñería o estulticia ponen en juicio y toleran mal la actividad de una mujer liberada por su trabajo. Siempre con los hombres que aún creen a la mujer un objeto de consumo en el mercado y en el mejor de los casos una compañerita simpática (o espléndida según los tipos) pero compañerita al fin, siempre en otra escala» (233). Este malestar también se refiere a otra cuestión que atañe a la escritora, ya que Lynch dice que se le envidia no su calidad sino su condición de trabajadora de la escritura que lleva, a su vez, a agregar otra variable: la literatura femenina, es decir, obras escritas por mujeres y para mujeres que pueden abarcar una gran variedad de temas, aunque predominan las novelas románticas. El éxito de la llamada «literatura femenina» se mide por la aceptación entre las lectoras consumidoras y, por ende, en función del mercado (Illouz 45). Es decir, que es otro circuito, con otros modos de consagración.

Desde inicios del siglo XX, probablemente antes también, esto es, a la vez, un fenómeno y un modo del sexismo. Un acontecimiento básicamente editorial cuando, ante el incremento de la alfabetización, aumenta el lectorado y se destaca un tipo particular: la lectora, que es la consumidora de un género más o menos preciso llamado novelas románticas. Así, se distinguen escritoras profesionales, como Marta Lynch o Silvina Bullrich. Esta última, con bastante llegada a los medios masivos, defenestrada y burlada por las revistas de izquierda, más bien ignorada por el grupo *Sur*, a pesar de que comparten la clase social y las ideas. Bullrich ha sido «el máximo exponente del bestsellerismo nacional» (Domínguez 4). Illouz afirma que los *best sellers* «se definen por su capacidad de captar valores y actitudes que, o bien ya son dominantes y están ampliamente institucionalizados, o están suficientemente difundidos para que un medio cultural pueda presentarlos como corrientes» (16). Es decir, que es una literatura que apunta a reproducir lo que está más o menos instituido, o bien viene a mostrar los cambios que se están produciendo en las sociedades. Una de las consecuencias negativas de este fenómeno es que Bullrich, lo que es extensible a las escritoras de *best sellers*, tiende a reproducir estructuras narrativas y conflictos de fácil comprensión y aceptación del lectorado, sin demasiados «riesgos en sus apuestas constructivas» (Domínguez 4).

De todos modos, la intervención de Bullrich en el volumen es sagaz al mezclar el feminismo con el *bestsellerismo* y reclamar un reconocimiento que difícilmente obtenga de parte del campo literario:

He visto hace una semana el anuncio de un álbum sobre escritores hecho por dos mujeres que comparten vida y trabajo y por lo tanto no pueden desdeñar a la mujer; sin embargo, salvo una excepción, ese álbum de fotografías está compuesto sólo por escritores hombres. Hecho inaudito en un país donde la única gran revista literaria fue fundada por una mujer, donde las escritoras somos las autoras de los principales *best sellers* (204).

Bullrich se refiere al álbum «Retratos y autorretratos» que arman en conjunto Sara Facio y Alicia D'Amico y se publica por primera vez en 1973. Efectivamente, la única escritora retratada en esa primera edición fue Silvina Ocampo. El gesto acusatorio de Bullrich no se detiene: les exige a las fotografías una suerte de sororidad implícita o coherencia ideológica justificada en sus elecciones de vida. Nombra a Victoria Ocampo como una de las excluidas. Y

finalmente, exige la presencia de *algunas* de las *tantas* autoras de *best sellers*. Detrás del plural, está sin duda el deseo de estar allí y el resentimiento se hace visible al poner en evidencia las elecciones sexuales de las fotografías, al decirle a Victoria que en el álbum está su hermana y no ella, etc. Las páginas de *Retratos* y *autorretratos* arman un panorama del campo literario nacional y latinoamericano con una mezcla escritores consagrados, cercanos a *Sur*, como Jorge Luis Borges o Adolfo Bioy Casares, junto con otros más ligados al boom latinoamericano –Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, entre otros– (Bertúa 80). Una rápida lectura de *Borges* de Adolfo Bioy Casares (705) demuestra que Bullrich, como Martha Lynch, Alicia Jurado y Beatriz Guido, participaban, en los 60, de las reuniones sociales y privadas que tenían en el centro a estos dos escritores. Bullrich asistía a almuerzos en la casa de Bioy Casares y probablemente también por eso no comprendiera la ausencia de su foto en el álbum, si no es a través del sexismo del ambiente.

De todas maneras, la intervención de Bullrich es más compleja por el hecho de que desarrolla argumentos explícitamente feministas, casi todos provenientes de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir –ella tradujo y conoció a la escritora francesa–. Retoma varias consignas feministas: el techo de cristal, la desigualdad salarial, la subvaloración del varón hacia la mujer y se detiene en decir cuáles son los defectos de las mismas mujeres: la competencia, la envidia, la comodidad de ser mantenida por el marido, la ventaja del paternalismo. Y finalmente, dice:

Las mujeres escritoras llevamos en la boca el gusto amargo que da ver deformadas todas nuestras palabras y terminamos por callar, conscientes de que nos están azuzando para obtener las respuestas que vuelvan a poner nuestra cabeza en la picota y les llenará gratis alguna página de la revista (202-3).

La mujer no ocupará el lugar que merece mientras no estreche filas y acepte su fuerza, su cantidad y su calidad (204).

Bullrich en su artículo deja leer su resentimiento, su bronca y dolor hasta culminar con un llamado a la colectivización de las escritoras, la que, sin duda, es la frase más revolucionaria del volumen. Son muchos los factores por los que esta frase no tuvo repercusión, pero fue dicha. Es decir que, como lúcidamente observó Domínguez, Bullrich trae palabras nuevas, que no son escuchadas: «trabajo de escritora, derechos laborales y remuneración económica»(4).

4. ROBERTO ARLT, UN FEMINISTA POST MORTEM

Una pregunta posible a hacerle al volumen sería acerca de la ausencia de escritores, a excepción de dos, Ernesto Sábato y Roberto Arlt. La inclusión de Sábato es clara: él ya había polemizado con Ocampo sobre las diferencias entre los sexos, luego de su descargo misógino en *Heterodoxia*. En cambio, la participación de Arlt es, en principio, extraña. Gramuglio (196) lo ubica en la lista de los excluidos del grupo *Sur*, por cuestiones tanto estéticas como de clase. ¿Viene a hacer justicia Ocampo al «permitirle publicar en *Sur*», aunque ya haya muerto? Quizás sí, lo cual ubicaría la operación en sintonía con la publicación de *El informe de Brodie*, de Borges, en el que uno de sus cuentos es, como dijera Beatriz Sarlo, una oculta reescritura de *El juguete rabioso*⁶. Entonces, en principio, podría decirse que es un reconocimiento tardío de *Sur*.

De todos modos, ¿por qué una aguafuerte de Arlt, fechada en 1935, en este volumen? La respuesta más simple es que se la haya cedido Mirta Arlt a Ocampo, ya que ella es una de las que responden a la entrevista antes analizada. Ahora bien, la razón práctica no oculta lo insólito de que una aguafuerte de 1935 esté a continuación de una crónica sobre una reunión de mujeres en Jerusalén de 1964 y antes de la entrevista a Françoise Parturier. El relato en cuestión se titula «Noviazgo moro en Marruecos en el año 1935» (Arlt 159) y corresponde a una aguafuerte homónima publicada en *El mundo*, el 6 de agosto de 1935. En verdad, el texto está conformado por dos aguafuertes: la ya citada y otra que llevó por título «Esclavitud del matrimonio. Deseo y terror de la civilización europea» (Arlt 160) y que fue publicada en el mismo diario, a los dos días de la primera. Efectivamente, «Noviazgo moro en Marruecos en el año 1935» es idéntica a la original publicada en *El mundo*. La diferencia es que, cuando termina, se le agrega una oración que funciona como conector –«Tal era la vida de la mujer musulmana: la de una prisionera» (161)– y se transcribe toda la siguiente, a excepción del primer párrafo⁷ –en donde

6. Además, en *El informe de Brodie*, Borges vuelve al tema del duelo que conformara la primera parte de su obra, para escribir uno protagonizado por dos mujeres pintoras, lo que es señal de que algo del lugar de la mujer estaba presente, como clima de época, aun cuando sea un equivalente de la competencia masculina.

7. Confío en la fidelidad con el original de la edición de las aguafuertes españolas y africanas realizada por Sylvia Sáitta (Arlt 160). Lo elidido es lo siguiente: «Al leer esta nota, muchos lectores se dirán para su colete: –No, no es posible. Arlt aquí exagera.

Arlt comenta su asombro y se nombra a sí mismo— y del subtítulo. Luego, en el texto subsiguiente hay otros cambios menores, como inversión de la estructura de una frase, omisión de alguna palabra, entre otras marcas más bien de corrección. Si se lee la crónica sin la firma y sin la fecha, este podría ser un texto de denuncia sobre la situación de encierro y esclavitud en la que viven las musulmanas en el norte de África. En este sentido, juega a favor de cierta misión universalista que tiene el volumen: hay artículos sobre mujeres indias, israelíes, francesas, norteamericanas, españolas, argentinas... ¿por qué no pueden estar las musulmanas? Lo que llama la atención es, justamente, la firma y la fecha.

En 1931, como dice Saítta (23), la editorial *Claridad* reeditaría *El juguete rabioso* y *Los lanzallamas*. Es el mismo año en que aparece el primer número de *Sur*. En 1935, la revista publica el primer capítulo de *Un cuarto propio* de Virginia Woolf, traducido por Borges. Es el mismo año en que Arlt realiza un largo viaje a Europa como cronista del diario *El mundo*. Viaja, y escribe, sobre varias ciudades, la mayoría españolas y dos del norte de África. Son las «Aguafuertes africanas», que dedica no solo a la vida y costumbres árabes, sino más específicamente a las condiciones en las que viven las mujeres: las niñas a los 9 años abandonan los juegos y la calle para vivir encerradas en sus casas, luego sucede el arreglo del matrimonio por parte de los padres sin que se conozcan los novios y finalmente las esposas quedan encerradas en la casa del marido. Es decir que, en 1935, Arlt y Ocampo coincidieron sin saberlo en la percepción del poder del patriarcado. Pero tenían que pasar cuarenta años para que Ocampo leyera e incorporara esta aguafuerte, que, en este contexto, pasa a ser un relato de denuncia feminista.

5. EL LEGADO

Es innegable que Ocampo tiene la voluntad de participar en una lucha que presente, por eso concluye que se estaría viviendo el fin de una civilización y el inicio de otra, más justa. Y, como dice Vázquez (207), deja un legado feminista que retoman, cuando ella muere, en 1979, María Elena Walsh y

Yo también acepto que es dificultoso digerir lo que voy a narrar, pues se encuentra en contradicción con nuestras costumbres. Si los hechos que voy a narrar no me constaran ampliamente, no insistiría en su verosimilitud. [...] Las prisioneras.»(175)

María Elena Oddone, esta última líder del *Movimiento de Liberación Femenina* y directora de la revista *Persona*. Es decir que algunas feministas de los 70 se sintieron sus interlocutoras y rescataron un costado transgresor de Ocampo, disonante respecto de la imagen de Ocampo que predominaba.

En un clima político complejo, «La mujer» fue un oasis: la tradición de la revista y la imagen socio cultural de Victoria Ocampo configuraron un velo protector que, probablemente, hizo que ningún atisbo de sospecha cayera sobre el volumen y, en consecuencia, se pudieron publicar ideas feministas que habrían sido leídas como subversivas por el ojo censor de esos años. Gestos como el de reivindicar la genealogía indígena y femenina, hacer más compleja la opresión de género sumándole las de clase y de raza, plantear la cuestión de la despenalización del aborto cuando todavía se tenían muchos reparos en el uso de métodos de anticoncepción; traer el debate sobre el divorcio y la patria potestad cuando aún se consideraba que la familia y el matrimonio heterosexual eran los ámbitos únicos e ideales para la crianza, llamar a la colectivización de los reclamos de las mujeres. Además, en las elecciones y métodos evidentes en los artículos, se puede adivinar las formas intuitivas de lo que una década más adelante serían «los estudios de la mujer» o «estudios de género»: por ejemplo, tomar como objeto a «la mujer» desde una perspectiva crítica, analizar los movimientos feministas, darle la voz a mujeres que ocupan o han ocupado roles no tradicionales, entrevistar a mujeres para llevarlas a reflexionar sobre su propia condición. *La mujer* mezcla temporalidades, geografías e ideologías, es atípico, como si en sus páginas estuvieran las mujeres que están a punto de renacer como sujetos políticos. La operación de Ocampo es la de evadir la coyuntura política nacional y dejar sentadas las demandas del feminismo *desde afuera*, hasta que germinen en la Argentina del siglo XXI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adams, Mildred. «El nuevo feminismo en los Estados Unidos». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 55-62.
- Ahmed, Sara. *Vivir una vida feminista*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2018.
- Arlt, Roberto. «Noviazgo moro en Marruecos en el año 1935.» *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1):159-163.

- Arlt, Roberto. *Aguafuertes de viaje. España y África*. Buenos Aires: Hernández, 2017.
- Arnés, Laura. «Afectos y disidencia sexual en *Sur*: Victoria Ocampo, Gabriela Mistral y cia». *Badebec* 12 (2017): 154-167.
- Baron Supervielle, Odile. «Entrevista a Françoise Parturier». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 164-168.
- Bellucci, Mabel. *Historia de una desobediencia*. Buenos Aires: Capital intelectual, 2014.
- Bertúa, Paula. «Trampa de espejos: retratos literarios y fotográficos de escritores». *Otra travesía* 21 (2016): 71-92.
- Bioy Casares, Adolfo. *Borges*. Buenos Aires: Destino, 2006.
- Borges, Jorge Luis. *El informe de Brodie*. Buenos Aires: Emecé, 1970.
- Cosse, Isabella. «La lucha por los derechos femeninos: Victoria Ocampo y la Unión Argentina de Mujeres (1936)». *Revista Humanitas* 34 (2008): 131-149.
- Diz, Tania. «La literatura femenina en los años sesenta: incomodidades, temores y raras lecturas en *El escarabajo de oro*». *Lectora* 24 (2018): 157-175.
- Domínguez, Nora. «Gradaciones: muy leídas, poco leídas, nada leídas». *Boletín* 15 (2010): 1-21.
- Grammático, Karin. «Las ‘mujeres políticas’ y las feministas en los tempranos setenta: un diálogo (im)posible?». *Historia, género y política en los '70*. AA.VV. Buenos Aires: Feminaria editora, 2005. 19-38.
- Gramuglio, María Teresa. «*Sur*, una minoría cosmopolita en la periferia occidental». *Historia de los intelectuales en América Latina*. Ed. Carlos Altamirano. Buenos Aires: Katz, 2010. 192-210.
- Hollander, Nancy Caro. «La posición de la mujer en los Estados Unidos: la realidad detrás del mito». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 63-70.
- Illouz, Eva. *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz, 2014.
- Jurado, Alicia. «El camino que falta recorrer». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 128-133.
- Moreau, Alicia. «La emancipación de la mujer». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 71-82.
- Ocampo, Victoria. «La trastienda de la historia». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 5-21.
- Oliver, María Rosa. «La salida». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 117-127.

- Podlubne, Judith. «*Sur* en los 60. Hacia una nueva sensibilidad crítica». *Badebec* 2 (2010): 44-60.
- Rodríguez Agüero, Eva y Alejandra Ciriza. «Viajes apasionados: feminismos en la Argentina de los 60 y 70». *Labrys. Études féministes* 22 (2012): 1-25.
- Sábato, Ernesto. *Heterodoxia*. Buenos Aires: Emecé, 1953.
- Sábato, Ernesto. «Hombre y mujer». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 102-112.
- Saïtta, Sylvia. «Aguafuertes españolas con interludio africano». *Aguafuertes de viaje. España y África*. Roberto Arlt. Buenos Aires: Hernández, 2017. 19-27.
- Samatán, María Elena. «Enfoques sobre la educación de la mujer». *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 49-54.
- Sarlo, Beatriz. «Introducción a *El informe de Brodie*». *Borges Studies Online*. University of Pittsburgh. 10 octubre 2019.
- Storni, Alfonsina. «El movimiento hacia la emancipación de la mujer en la República Argentina». *Escritos. Imágenes de género*. Villa María: Eduvim, 2014. 305-313.
- Trebisacce, Catalina. «Un fantasma recorre la izquierda nacional. El feminismo de la segunda ola y la lucha política en Argentina en los años setenta». *Sociedad y economía* 24 (2013): 95-120.
- Vázquez, María Celia. *Victoria Ocampo, cronista outsider*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2019.
- «8 preguntas a escritoras, actrices, mujeres de ciencia, de las artes, del trabajo social y del periodismo.» *La mujer. Sur revista bianual* 326-7-8 (1970-1): 193-253.